

Precursores políticos de la violencia

Una mirada desde el proceso descivilizatorio

SILVESTRE LICEA DORANTES*

DULCE MARÍA QUINTERO ROMERO**

La violencia es un tema cada vez más recurrente en los trabajos académicos. Siempre está vigente la intención de comprender sus manifestaciones y las formas en que surge. A través del marco interpretativo del proceso descivilizatorio de Norbert Elias se pretende establecer una correspondencia entre las expresiones políticas y la violencia prevaleciente. Una aproximación teórica permite sugerir que existen elementos para sostener ese punto.

Presentación

Según Norbert Elias, el estudio de la civilización y la violencia es materia pendiente en el mundo académico. Rafael Farfán en su artículo «La recepción de Norbert Elias en México: sociogénesis de una tradición de investigación social» considera trascendental reflexionar la violencia desde el marco interpretativo de los trabajos de ese autor.¹ La recomendación de Farfán no es ociosa ni intelectual. México ha sido uno de los países con más alto nivel de violencia en los últimos diez años, por lo que al ser su denominador común es imperativo indagar el papel que ha jugado el proceso civilizatorio y sus implicaciones tanto en el Estado como en la sociedad.

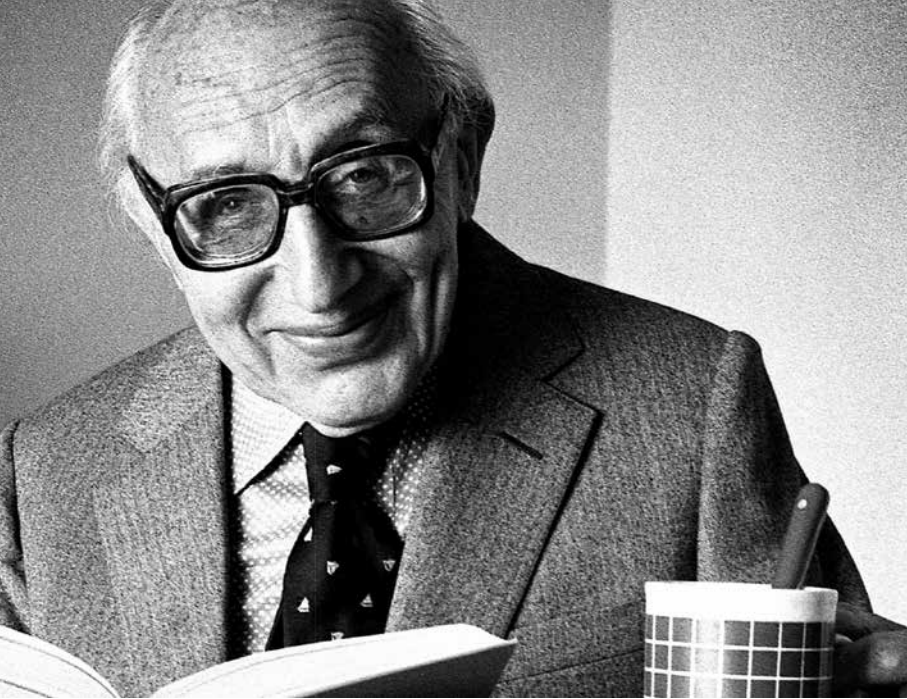
Elias describe cómo a medida que las clases guerreras fueron encontrando caminos comunes para prevalecer en un territorio y estable-

cer un dominio, las prácticas violentas también sufrieron una transformación. Ello debido a que el aumento del control externo derivado de la monopolización de la violencia por el Estado logró despojar ésta en las reacciones y actitudes de los individuos, y también porque la cada vez mayor dependencia de los individuos, derivada del crecimiento demográfico, el desarrollo de las ciudades, la división y especialización de funciones, las transformaciones económicas, los cambios políticos y el ejercicio de los poderes públicos, propició además de la interrelación la modificación de sus respuestas al volverlas más predecibles y menos amenazantes. Lo anterior implicó transformaciones internas de los individuos para controlar sus impulsos violentos, que se reflejaron en sus modales, actitudes y umbrales de vergüenza y repulsión ante hechos violentos.

De ahí que los sentimientos de vergüenza y culpa que experimentan las personas al contravenir las normas sociales establecidas se encuentran estrechamente ligados al monopolio

*Profesor investigador, Instituto Internacional de Estudios Políticos Avanzados «Ignacio Manuel Altamirano», Universidad Autónoma de Guerrero
 **Profesora investigadora, Centro de Gestión del Desarrollo, Universidad Autónoma de Guerrero

¹ Rafael Farfán, «La recepción de Norbert Elias en México: sociogénesis de una tradición de investigación social», *Sociológica*, año 23, núm. 66, 2008, pp. 157-173.



El sociólogo Norbert Elias (1897-1990) se centró en la relación entre poder, comportamiento, emoción y conocimiento.

de la violencia, a la gestión de ésta que de manera efectiva se impone a todos y a la sutil transformación en las conciencias. Elias destaca ese cambio en los individuos como un motor fundamental y señala que no proviene de las relaciones entre ellos sino de las circunstancias sociales.

Diferentes contextos políticos y sociales conducirán a distintas respuestas en el control de los impulsos violentos, debido a que se experimentan diversas presiones que llevan al individuo a organizar sus manifestaciones emocionales hasta lograr el *habitus*: respuestas «automáticas» a múltiples situaciones que inadvertidamente expresan las personas. Al transgredir el control autoimpuesto, dichos sentimientos emergen. Aquí se conjugan los controles externos con la autorregulación.

El Estado y su capacidad de manejar exitosamente las manifestaciones sociales de la violencia desempeñan un papel trascendental en el proceso. Los Estados consolidados en sus leyes suelen ofrecer restricciones sociales más definidas y *habitus* mejor delineados, en suma, un proceso de civilización establecido de forma superior. La referencia latinoamericana exige orientar analíticamente el trabajo de Elias hacia procesos civilizatorios heterogéneos. Colombia es un ejemplo de Estado moderno que

posibilita reflexionar sobre los alcances civilizatorios e incluso el dominio del monopolio de la violencia.²

La manifestación de la violencia criminal en la sociedad es un indicador de que el monopolio de la violencia por el Estado y la cimentación del proceso civilizatorio son frágiles y generan espacios o vacíos³ que se llenan por grupos armados capaces de imponer un control territorial y la extracción de recursos (impuestos). En el plano autorregulatorio o de autoacción los individuos relajan sus autorrestricciones al diluir la vergüenza y la culpa por expresar o actuar en conformidad a dicho proceso.⁴ Los individuos pueden manifestar más abiertamente su rechazo y desdén hacia indígenas, homosexuales, personas con capacidades diferentes; exaltar a criminales; cosificar a las mujeres sin experimentar vergüenza, culpa o arrepentimiento, debido a que la restricción social efectiva presente en la pacificación que conlleva la civilización se ha diluido.

De igual modo, actitudes como una mayor inclinación a la corrupción, jactancia de impunidad, abuso de la posición social o económica, o distinciones autodesignadas (como el color de piel o grados académicos), se muestran como instrumentos discriminatorios, de opresión o desigualdad válidos y legítimos, avalados por subjetividades que se orientan según su posición autorreferenciada en un contexto de permisividad estatal, ya sea por acción u omisión. Los procesos de construcción de un Estado tendrán que derivar, al menos, en un grado de igualdad y una expresión de justicia homogéneos y efectivos en el territorio que controla; en caso contrario, se presentarán disímiles formas

² Johan Goudsblom, «La paradoja de la pacificación», en Vera Weiler (comp.), *Figuraciones en proceso*, Colombia, Universidad Nacional de Colombia/Universidad Industrial de Santander, 1998, pp. 101-115.

³ Edgardo Buscaglia, *Vacíos de poder en México. Cómo combatir la delincuencia organizada*, México, Debate, 2013.

⁴ Norbert Elias, «Civilización y violencia», *Ästhetik und Kommunikation*, núm. 43, 1981.

de violencia que dificultarán la convivencia pacífica. El monopolio de violencia del Estado ha permitido una convivencia relativamente pacífica, pero aquella condición es peligrosa cuando en ciertas circunstancias el poder del Estado o la discrecionalidad de los gobernantes ponen en riesgo a los individuos.⁵

Todos esos procesos no son lineales ni monolíticos,⁶ también existen bolsas civilizatorias que resisten los embates de la descivilización (y viceversa). No sería raro encontrar expresiones y maneras que se apeguen a la autoacción y que prevalezcan, en mayor o menor medida, en un contexto donde convivan con actitudes de violencia, propias del proceso descivilizatorio. La experiencia histórica del nazismo argumenta que la civilización es un logro frágil y que su construcción no es inmediata ni perseguida por todos aquellos que participan en la construcción de un Estado.

Del planteamiento de Elias se desprende que existe un vínculo entre los que disponen del poder y la sociedad en lo que respecta a la coacción social y la autoacción individual. Esto no ha escapado al interés de algunos académicos, como Gina Zabłudowsky, quien convoca a estudiar a los políticos para entender mejor las pautas del proceso civilizatorio centrado en la relación políticos-ciudadanos en un contexto figuracional específico.⁷ La clase política cumple un papel fundamental en el proceso: las condiciones que propician la disposición de los individuos a emprender acciones violentas y criminales, así como la falta de coacción social para inhibirlas, se asocian con la resistencia de dicha clase a sujetarse a un Estado de derecho que por definición somete a todos a leyes y sanciona a quienes no las acatan, difumina la violencia a partir de someter ambiciones territoriales en términos de conquista, disminuye ésta en las actitudes sociales y evita la extracción de recursos.

⁵ *Idem.*

⁶ *Idem.*

⁷ Gina Zabłudowsky, «¿Por qué Elias? México, el ejercicio del poder y la vida cotidiana», *Este País*, núm. 217, 2009, pp. 62-64.

Sustento teórico y conceptual

Las herramientas teóricas y conceptuales empleadas para la comprensión de la violencia en el estado de Guerrero se basan en el proceso civilizatorio, sobre todo en contraste con su contraparte descivilizatoria, y el enfoque figuracionista de Norbert Elias. El concepto de violencia se contextualiza en los efectos del proceso descivilizatorio y las consecuentes nuevas sensibilidades y visualizaciones. El conjunto teórico y conceptual se enfoca en construir una aproximación explicativa sobre el nexo entre la expresión cotidiana de la política y la violencia replicada por la sociedad. Para demostrar lo anterior es necesario partir de que las relaciones entre los ciudadanos y los políticos son producto de su interdependencia en figuraciones específicas; asimismo, la aproximación a la relación entre la clase política y las adjudicaciones de violencia en la sociedad derivadas del proceder de los políticos se abordan desde las configuraciones ligadas a la interdependencia política. Ese tipo de configuración «no puede ser disociado de las categorías de interdependencia, función y coerción»,⁸ lo que permite trazar pautas para observar las modalidades de violencia y sus implicaciones en el proceso descivilizatorio.

Por último, la violencia como concepto en la obra de Elias se entiende como una manifestación física. No obstante, la dinámica del proceso descivilizatorio admite transformaciones del concepto debido a las nuevas sensibilidades que prevalecen en la sociedad. De ahí que la corrupción, la impunidad, la violencia contra la mujer, el abuso de poder, el *bullying*, el *mobbing*, la discriminación, el racismo y todas las modalidades de violencia asociadas con las diversas sensibilidades sean expresiones sutiles de la misma⁹

⁸ Tania Quintaneiro, «The concept of figuration or configuration in Norbert Elias' sociological theory», *Teoría y Sociedad. Belo Horizonte*, vol. 12, núm. 1, 2006, pp. 54-69.

⁹ Fernando Ampudia de Haro, Raúl Sánchez García, «Tras la estela de Norbert Elias», *Política y Sociedad*, vol. 50, núm. 2, 2013, pp. 349-379; Francisco Pamplona, «Violencia y civilización en

y, para efecto de desarrollo de este trabajo, se tomen en consideración.

El papel de los políticos

Una de las dimensiones utilizadas por Norbert Elias para comprender la convivencia en una sociedad es aquella que se refiere al proceso de interdependencia en los miembros de la sociedad: entre más diferenciada esté una sociedad, más largas serán las cadenas de interdependencia. Ello tiene un efecto sobre los comportamientos sociales e individuales. A medida que aumentan las interrelaciones es indispensable dotarlas de un margen amplio de certidumbre y seguridad para que funcionen y continúen. Como sostiene el autor en toda su teoría del poder, la coacción externa y el control interno tienen un papel significativo porque establecen pautas de comportamiento que orientan la interrelación. En el marco político occidental moderno la centralización del poder y la democracia han otorgado a la clase política la función de representar los intereses de los individuos; se ha establecido una interdependencia de provisión de bienes públicos por parte de los primeros y de reconocimiento de legalidad por los segundos.¹⁰

Respecto a los políticos, las pautas de comportamiento previsibles de la interdependencia se orientan hacia acciones encauzadas a lo público, donde la rendición de cuentas, la eficiencia en el gasto, las políticas públicas eficientes, la comunicación con los ciudadanos, el apego al *rule of law*, así como el control y la honestidad en el servicio público son los referentes primarios. En los ciudadanos el reconocimiento de la legitimidad se yuxtaponen a la aceptación de los modos políticos de convivencia, en el entendido de que prevalece un espacio de pacificación estable y perdurable que permite anticipar una respuesta

dentro de un determinado marco de convivencia; eso proporciona elementos para profundizar y alargar el proceso de civilización, en caso contrario se detonan expresiones impulsivas que dificultan la construcción de una perspectiva de futuro para dotar de sentido su existencia social.¹¹

Puesto que la clase política y los ciudadanos están delimitados por funciones definidas por la democracia, deben mantener expectativas de conducta y provisión de bienes respectivos a esa forma de relación. Además, la repetición constante de interacciones basadas en principios democráticos fomenta conductas de convivencia apegadas a los valores implicados en esa forma de gobierno. Carecer de estas certidumbres mina los lazos estables de regulación y convivencia, a la vez que predispone a los individuos a relacionarse mediante la violencia.

Para asegurar la perduración de tales expectativas y sus respuestas, el monopolio de la violencia legítima desempeña una importante función: contener la violencia a quienes legítimamente se les otorgó el poder, erradicar la impunidad de las acciones que dañan lo público y que en consecuencia laceran la convivencia pacífica de los individuos y alteran sus referentes primarios de actuación ante los otros. Tanto un débil monopolio del poder por el Estado como una corta longitud de las cadenas de interdependencia generan configuraciones con mayor número de manifestaciones de violencia. La experiencia de vida en un lugar como éste hace posible que emerjan hábitos a través del tiempo¹² que se manifiestan en las relaciones entre patrones y empleados, esposos y esposas, padres e hijos, profesores y alumnos, políticos y ciudadanos, y cualquier grupo interconectado.

A su vez, dicha interdependencia deriva en un vínculo de configuración en el que se construyen imágenes de los otros y se les asignan atributos

la sociología figuracional de Norbert Elias», *Política y Sociedad*, año 12, núm. 12, 2013, pp. 17-27.

¹⁰ Norbert Elias, «Power and civilisation», *Journal of Power*, vol. 1, núm. 2, 2008, pp. 135-142.

¹¹ Pablo di Napoli, «El potencial heurístico de la teoría de la civilización de Norbert Elias para estudiar la violencia juvenil», *Astrolabio*, núm. 18, 2017, pp. 84-111.

¹² Francisco Pamplona, *op. cit.*, p. 23.

positivos o negativos. Esto influye en la integración o separación de los individuos solos o agrupados. La persistencia en la separación de grupos se mantiene por la desigualdad en el poder que articula, bajo una nueva geometría, los nexos entre los individuos aislados o agrupados en clases. Lo anterior conlleva una modificación profunda de las respuestas de los individuos frente a situaciones de amenaza, dignidad, esperanza, respeto y violencia generadas por la separación intencional de aquellos que detentan y ejercen el poder con los que no lo tienen. La opinión de los mexicanos acerca de los políticos¹³ es una muestra del deterioro de la interdependencia política y el distanciamiento con esa clase y los ciudadanos. Lo anterior lleva a los ciudadanos a buscar salidas (donde no es ajeno el uso de la violencia) a problemas cuya solución, en principio y en última instancia, proviene del ejercicio de la política como bien público.

Es posible encontrar escenarios de descivilización cuando las configuraciones persistentes alteran las respuestas políticas esperadas (pacificadas) de manera regular. Cuando los políticos no ofrecen pautas de comportamiento estables que permitan orientar la conducta de los individuos hacia canales pacificados en el contexto de la interdependencia, las figuras se alteran y las interrelaciones se adaptan; ello favorece nuevos impulsos y propicia tendencias descivilizadoras cuyo mejor termómetro es la expansión y profundización de la violencia homicida, aunque no es su única expresión: corrupción, impunidad, deterioro de la cohesión social, vulnerabilidad, marginación, entre otros.

Debe considerarse que el proceso civilizatorio convive con movimientos descivilizatorios¹⁴

¹³ Según la Encuesta Nacional de Calidad e Impacto Gubernamental (ENCIG) de 2017, que aplica el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), 80 por ciento de los mexicanos no confía en los partidos políticos, mientras que 74.4 por ciento desconfía de las Cámaras de Diputados y Senadores.

¹⁴ Néstor García-Martínez, «Modernidad, violencia y procesos descivilizadores. Revisión crítica a partir de la propuesta



dentro de la sociedad; hay comportamientos encaminados a lograr condiciones de convivencia civilizadora y también conductas violentas propias de manifestaciones descivilizadoras. De tal forma que en regímenes políticos democráticos no consolidados existen grupos que pugnan por la transparencia, la vigencia del *rule of law*, las medidas anticorrupción, a la vez que conviven con grupos que apuestan a continuar la violencia y perpetuar las condiciones que la posibilitan.

Las historias nacionales o en el nivel micro evidencian procesos civilizatorios peculiares: Juliano de Souza y Wanderley Marchi describen cómo en Brasil, rodeado de violencia política y social a causa de la esclavitud, se forjó determinado tipo de relación entre clases que produjo un proceso selectivo en la sociedad.¹⁵ Dulce Quintero¹⁶ ha descrito las formas de articulación social y política surgidas de la conformación del estado de Guerrero en el siglo XX, las cuales han definido el vínculo entre aquellos que tienen el poder político y los que

de Norbert Elias», *Pensamiento y Cultura*, vol. 12, núm. 2, 2008, pp. 263-277.

¹⁵ Juliano de Souza y Wanderley Marchi, «Civilisation and violence at the periphery of capitalism: notes for rethinking the Brazilian civilizing process», en Tatiana Savoia Landini y Francois Dépelteau (eds.), *Norbert Elias and violence*, New York, Palgrave Macmillan, 2017, pp. 117-137.

¹⁶ Dulce Quintero, *La lucha por los derechos humanos y el desarrollo en Guerrero*, México, Plaza y Valdés, 2006.

La Comisión Internacional Contra la Impunidad en Guatemala (CICIG) fue creada en 2006 por la Organización de las Naciones Unidas y el gobierno de Guatemala con el propósito de coadyuvar al Ministerio Público en la investigación y juicio de los delitos cometidos por integrantes de los cuerpos ilegales de seguridad.

no mediante comportamientos, modales, normas, prohibiciones y diversos grados de éxito en el confinamiento de conductas violentas; en otras palabras, modos de configuración que han condicionado la manera en que las instituciones de la democracia se han asumido históricamente y el distinto ímpetu para ayudar a su durabilidad.¹⁷

El actuar de la clase política refleja su distanciamiento de la interdependencia con los ciudadanos, al integrarse en nuevas configuraciones que le permiten adoptar acciones de ilegalidad, sin ninguna o muy escasa repulsión (vergüenza), y redefinir su configuración frente a la ciudadanía incorporando visiones de desapego a la misma. Esto es factible debido a las condiciones descivilizatorias propiciadas por una debilidad en la consolidación del monopolio de la violencia legítima, que resulta en la incapacidad de ejercer sistemáticamente un castigo a la delincuencia política, lo que tampoco ha impulsado la autoacción ni ha incorporado sentimientos de vergüenza ante los propios actos de delincuencia política; y a las cadenas

¹⁷ Lisa Wedeen, *Peripheral visions: publics, power and performance in Yemen*, Chicago, University of Chicago Press, 2008.

de interacción que los políticos asumen a partir de las nuevas relaciones de interdependencia.¹⁸ Al respecto, la Iglesia católica en la editorial de su órgano oficial *Desde la Fe* expresa:

Indagar las causas de la crueldad lleva al hilo de la madeja, en la cual el país está enmarañado y pasa por el maniqueísmo de un estamento que pretende quedar bien con Dios y tributar al diablo: la corrupción va de la mano de la impunidad de la clase política que también es culpable de la violencia que nos tiene sometidos.¹⁹

Una clase política sin contención externa y sin autoacción representa un riesgo y peligro del que los individuos creen haberse alejado cuando asumen diferenciaciones políticas formales, como la democracia; estas últimas, al no provenir de raíces históricas que transfiguraran las instituciones centrales represoras de los impulsos dañinos de quienes manejan

¹⁸ Irem Özgören Kinli, «Principal elements of the Ottoman State-formation process through an Eliasian perspective», en Tatiana Savoia Landini y François Dépelteau, *Norbert Elias & empirical research*, Estados Unidos de América, Palgrave/McMillan, 2008.

¹⁹ «Los culpables», *Desde la Fe*, 9 de julio de 2017, en <http://www.desdelafe.mx/apps/article/templates/?a=7298>

El actuar de la clase política refleja su distanciamiento de la interdependencia con los ciudadanos, al integrarse en nuevas configuraciones que le permiten adoptar acciones de ilegalidad, sin ninguna o muy escasa repulsión (vergüenza).



el poder, se presentan frágiles para manejar la convivencia política. Si se presenta un régimen democrático en los nexos de convivencia política en la sociedad, se asume que se tendrá un mayor y mejor control de la clase política en cuanto a la contención de su poder. No obstante, la centralización del poder y las instituciones de justicia aún pueden manifestar una débil diferenciación, lo que reduciría el efecto de la democracia para controlar la amenaza de dicha clase. Luis Carlos Ugalde advierte:

La verdad es que muchos países de la OCDE ya habían desarrollado burocracias profesionales y sistemas legales que sancionaban el abuso del poder aún antes de que arribara el pluralismo [como fuerza contenedora del abuso del poder en la democracia].²⁰

Se desprende que la existencia previa de un Estado de derecho, es decir, un poder externo que imponga coacciones, sienta las «bases de una cultura de la legalidad y de instituciones sólidas de procuración de la justicia». Para la clase política la forma predominante de relacionarse con el poder y socializarse no es a través de las instituciones democráticas y las leyes vigentes sino por medio de compadrazgo, nepotismo, amiguismo, relación cliente-patrón, caciquismo,²¹ dentro de un ambiente que propicia la corrupción y donde son cobijados por la impunidad.²²

Estas debilidades en el control de la clase política y sus consecuentes configuraciones no quedan aisladas de la sociedad, permean y extienden a ésta su forma de codearse con el poder. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) entregó recomenda-

²⁰ Luis Carlos Ugalde, «¿Por qué más democracia significa más corrupción?», *Nexos*, febrero 2015, en <https://www.nexos.com.mx/?p=24049>

²¹ Nubia Nieto, «La socialización de las élites políticas a través de la corrupción», *Análisis Político*, núm. 71, enero-abril 2011, pp. 165-181.

²² María Amparo Casar, «Corrupción», *Nexos*, 1 de diciembre de 2016, en <https://www.nexos.com.mx/?p=30475>

ciones a México con base en un estudio²³ donde se expone que los mexicanos son propensos a la corrupción en sus distintas interdependencias y que si pudieran eludir los costos de servicios lo harían. A pesar de que los ciudadanos no se consideran a sí mismos o a sus seres cercanos como corruptos, los números indican que comenten actos de corrupción.²⁴ Incluso las acusaciones y reproches a los políticos se llevan a cabo en un doble juego de juzgamiento y complicidad.

Las ostentaciones de relaciones de poder y diferencias de estatus, las cuales trasladan a la sociedad, son actitudes propias de los políticos que se traducen en frases como «¿Vocé sabe com quem está falando?» («¿Usted sabe con quién está hablando?»).²⁵ Los episodios de los *lords* y las *lady*s en México son más que anécdotas sociales, reflejan los impulsos de los ciudadanos a responder con violencia directa o sutil a situaciones de conflicto;²⁶ tales conductas se asemejan con el actuar de los políticos, quienes no se encuentran sujetos a control alguno ni legal ni moral ni ético. En las interdependencias y configuraciones de estos últimos no se ha establecido un sentimiento de vergüenza que inhiba tales actitudes, sino que recurrentemente ostentan la impunidad de la que gozan y exponen su distanciamiento de los ciudadanos, como parte de su identidad como estamento.

El distanciamiento intencional de la clase política, junto a un débil control de la violencia por el Estado, fomenta cadenas de interdependencia y configuraciones que contienen frágilmente el

²³ Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, «Estudio de la OCDE sobre integridad en México: adoptando una postura más firme contra la corrupción», *Estudios de la OCDE sobre Gobernanza Pública*, París, OECD Publishing, 2017, en <http://dx.doi.org/10.1787/9789264280687-es>

²⁴ María Amparo Casar, *Anatomía de la corrupción*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas/Instituto Mexicano para la Competitividad, 2016.

²⁵ Guillermo O'Donnell, «¿Y a mí, qué me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil», *Working Paper 9*, Kellogg Institute, 1984.

²⁶ En el artículo del periódico español *El País*, «Las *ladies* y los *gentlemens* de la prepotencia en México», se describen estos términos.

manejo de las emociones y los deseos; los umbrales de vergüenza se minimizan y las violencias, tanto evidentes como sutiles, suelen visibilizarse más. Existen elementos teóricos para soportar que dicha clase es precursora de la violencia y a la vez fomenta múltiples tipos en conductas de la sociedad. Cabe resaltar que los ciudadanos y los políticos no sólo se articulan de esa manera. Los procesos civilizatorios y descivilizatorios conviven mutuamente²⁷ y responden a complejas interdependencias en un mundo cada vez más interconectado, que construye configuraciones e identidades de referencia local y global.

Comentarios finales

Un acercamiento a la violencia desde la interpretación eliasana permite analizarla con el proceso civilizatorio. El modo en que se ha logrado el monopolio del poder y la específica transformación en las cadenas de interdependencia y configuraciones de la clase política y los ciudadanos en el ambiente político mexicano muestra cómo sus expresiones reflejan más una posición de estatus que de servicio, cuyas implicaciones en la legitimidad de sus funciones son observables en el alto nivel de desconfianza que los ciudadanos le manifiestan.

²⁷ Jonathan Fletcher, «Towards a theory of decivilizing process», *Amsterdams Sociologisch Tijdschrift*, vol. 22, núm. 2, octubre 1995.

Los ciudadanos tienen comportamientos duales al respecto, pues si bien repudian las actitudes de los políticos tienden a reproducirlas, eso se debe a la coexistencia de múltiples cadenas de interdependencia a las que se vinculan a escalas local o global. Una persona puede perpetrar un acto de corrupción para facilitar el proceso administrativo de un trámite, pero lo repudia cuando percibe la injusticia cometida por terceros o al comparar el nivel de corrupción de su país con otros.

Conceptos como proceso descivilizatorio, cadenas de interdependencias, configuraciones y violencia permitieron justificar el planteamiento de este trabajo: la clase política es precursora de la violencia y los individuos la replican al configurar su actuar en el marco de ese ambiente. Para el diseño de políticas públicas las implicaciones del estudio son provocadoras, debido a que apuntan al ejercicio de la política —en un contexto de monopolio de la violencia inacabado— como precursor de tal conducta; en la actualidad, los indicadores de ese comportamiento no lo señalan directamente como factor crítico, se concentran en aspectos sociales, familiares y económicos, por lo que añadir indicadores políticos de violencia puede ayudar a combatirla. 🦋